A photograph of a sunset over a wide river. The sun is low on the horizon, creating a bright, shimmering reflection on the water's surface. The sky is a mix of orange, yellow, and light blue. The far bank of the river is visible with silhouettes of trees.

# **CRÓNICAS DEL RÍO PARAGUAY**

Carina Cospito  
Leonardo Fernández Acosta  
Fabiana Lescano  
Patricia Sarti

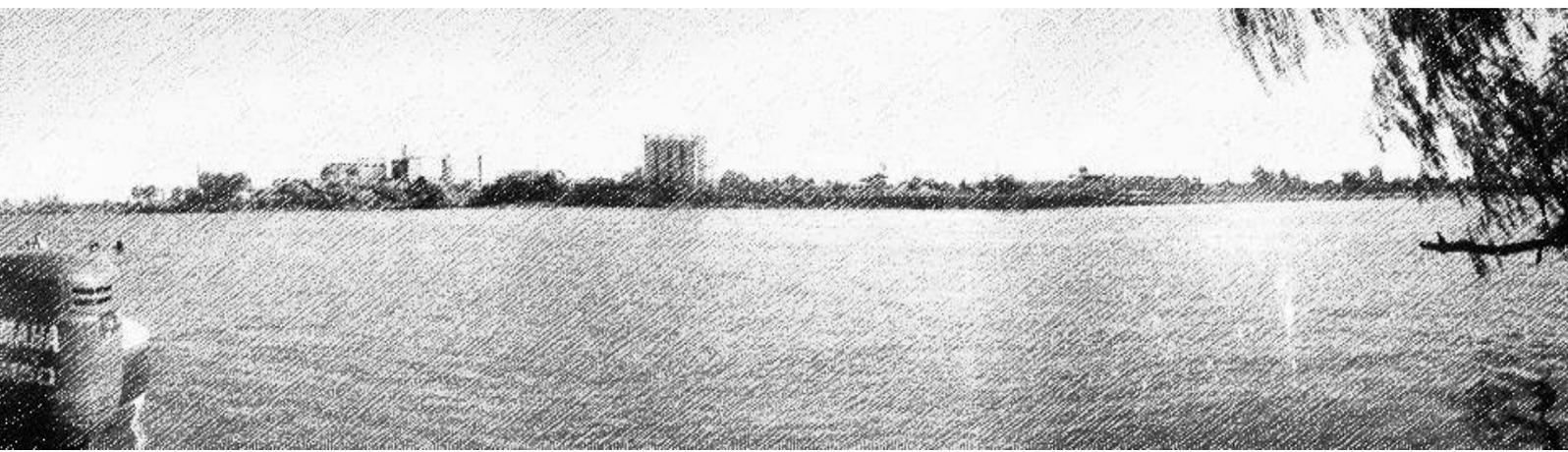
2014



# **CRÓNICAS DEL RÍO PARAGUAY**

Carina Cospito  
Leonardo Fernández Acosta  
Fabiana Lescano  
Patricia Sarti

2014



Carina Cospito, Leonardo Fernández Acosta  
Fabiana Lescano, Patricia Sarti  
CRÓNICAS DEL RÍO PARAGUAY - 1ra. ed.  
Formosa, Centro Gráfico Integral SRL  
80 páginas 14,8 x 21 cm.

Impreso en Centro Gráfico Integral SRL  
Salta 234 - Tel.: 370 4433011  
E-mail: [centrograficointegralsrl@gmail.com](mailto:centrograficointegralsrl@gmail.com)  
P3600MOF - Formosa. República Argentina  
Julio 2014

Primera edición, 2014

## Índice

Introducción	.....	Pág. 5
Prólogo	.....	Pág. 7
La Isla de Oro	.....	Pág. 11
La muerte silenciosa	.....	Pág. 19
El último recurso	.....	Pág. 27
Lepiyú	.....	Pág. 33
Sánchez, el isleño	.....	Pág. 39
Vengativo río	.....	Pág. 45
Banco Marina	.....	Pág. 51
“Barco”	.....	Pág. 57
Votos sin frontera	.....	Pág. 63
De pasero a gendarme	.....	Pág. 71
Epílogo	.....	Pág. 77



## INTRODUCCIÓN

*Este libro es el resultado de la pasión y el ardor con los que iniciamos nuestra carrera. En él encontrarán diez crónicas que dan cuenta de la relación de los formosños con el río Paraguay y, en cada una de las historias, hay huellas que dejaron en nosotros los talleres de Producción de Textos y de Producción Gráfica en forma alternada.*

*Escribir un libro estuvo siempre presente en nuestro imaginario, desde que iniciamos los primeros escritos en los talleres de Producción de Textos I y II con el invaluable aporte de las profesoras Cristina López y Cintia Díaz, lo que nos estimuló a incursionar en el mundo de la escritura.*

*Las Crónicas del Río Paraguay fueron tomando forma a medida que avanzábamos en la carrera e íbamos contándolas a los docentes que venían a dictar clase. Fue así como un día, el profesor Martín Malharro, titular de Gráfica III, nos sugirió volcar esos relatos en una tesis y, de alguna manera, ese fue el espaldarazo que nos ayudó a decidir escribirlas.*

*En el texto van a encontrar historias que seguramente algunos recordarán, por el eco que tuvieron en los medios locales, mientras que otras no salieron a la luz en la prensa; sin embargo todas ellas muestran las distintas maneras de interactuar de los protagonistas con “su” río.*

*Cada uno de ellos tiene una relación única y particular con él; para algunos representa una vía de escape, para otros es un medio económico para ganarse el sustento y para otros la posibilidad de huir del pasado. A veces yin y a veces yang; ayuda o destrucción.*

*En la preparación de este producto hemos incurrido en tantas deudas que nos sería imposible hacer una lista de todos aquellos que, de una u otra manera nos ayudaron y, ante el temor de olvidar a algunos, hemos decidido mencionar solo a quienes estuvieron directamente relacionados con la producción de las crónicas.*

*La primera deuda de gratitud es con nuestra Directora de Tesis, Claudia Suarez, quien desde el primer momento estuvo disponible para nosotros con su interminable paciencia, conocimiento y aliento.*

*El mismo nivel de agradecimiento tenemos con el profesor Alberto Moya que dedicó tiempo a leer nuestros trabajos y dar su siempre punzante opinión como editor destacado. Sin ese invaluable aporte seguramente nos hubiera costado llegar a la meta.*

## PRÓLOGO

El río es como un padre a cuya muerte no sobreviviremos.

Tan importante y absorbente es.

Ese progenitor de vida acunó en su vera a la mayor parte de quienes se afincaron como paso previo a ser pueblos; con sus brazos proveyó de agua, comida e higiene, además de un carguero de metáforas.

Todas esas herencias se verán en estas líneas, que no son las únicas ni las primeras en un país que presume de tener “el más ancho del mundo”.

*“Este río posee una envergadura colosal, que no encuentra similares en el mundo... sus orillas y la retorciera son llanuras ferrases que encierran un paisaje humanizado”.*<sup>1</sup>

De ese Río de la Plata, de donde provengo, otros periodistas han destacado su trascendencia histórica:

*“Atrajo las corrientes Atlánticas de la civilización europea y las continentales de la tradición Americana. El río padre fue irradiando su influencia en las tierras contiguas o centralizando a éstas en un sistema económico impuesto por la morfología geográfica... y fue también el órgano vital de su sistema circulatorio”.*<sup>2</sup>

Esta “Puerta de la Tierra” no posee la misma importancia para los habitantes de la gran ciudad que lo saben contaminado. El brazo que se interna para dividir al sur la Capital Federal con el conurbano es un Riachuelo que “puede ser, según se lo mira, rumbo geográfico, obstáculo pestilente o sueño melancólico, si se piensa que alguna vez fluyó la vida y se podía nadar”.<sup>3</sup>

1 De Marco, Durán, Sazone, en *Límites y fronteras de la República Argentina* (1979), de Raúl Rey Balmacedas.

2 Ricardo Rojas: *Eurindia*, 1924/1980.

3 <http://www.oni.escolas.edu.ar/olimpi99/libros-digitales/html/homregio.htm>

No es de esa tristeza irredenta que hablará este libro, sino de la vida que aún fluye en el que baña Formosa; cuyos autores se inscriben –con este trabajo– en la mejor tradición de letras que se inspiran en ese padre ora proveedor, ora castigador.

En tal tradición, Carina Cospito, Fabiana Lescano, Leonardo Fernández y Patricia Sarti vienen a suceder a otros escritores que ya compendiaron en crónicas las historias del Río que da entrada al país,<sup>4</sup> como de quienes le han cantado a partir de distintos géneros, edades y lugares.

*“El río es un viejo rayo caído sobre la tierra”.*<sup>5</sup>

El poeta correntino Juan Genaro Beoda cuenta que conoció “gente de río”; “ni pesqueros ni jangaderos; gente que tiene un respeto muy grande por el río y habla de él como si fuese su hermano; que lo espera siempre en el mismo lugar”.

Su hallazgo se reproduce en otras voces:

*Fui al río, y lo sentía cerca de mí, enfrente de mí.*

*De pronto sentí el río en mí, corría en mí.*

*Era yo un río en el anochecer*

*Me atravesaba un río, me atravesaba un río.*<sup>6</sup>

Si el agua inspiró poesía, sus sonidos devinieron en música.

Así, los artistas populares, le dedicaron canciones que llegaron a constituirse en clásicos; desde los entrerrianos Hermanos Cuestas que compararon “el Uruguay no es un río es un cielo azul que viaja”<sup>7</sup>, hasta la veta filosófica aportada por el santafesino Horacio Guarany: “La vida también es río que va golpeando la piedra. / El tiempo es como un dorado que se nos va de la mano cuando menos lo esperamos”.<sup>8</sup>

Pero es la correntina Ramona Galarza quien con más éxito llegó a portar el río en su nombre al ganarse el apodo de “La novia del Paraná”, luego de incorporar al cancionero litoraleño interpretaciones como aquella en que el curso de agua brinda una impecable metáfora:

*Mira qué cabeza loca, Poner tus ojos en mí,*

*Yo que siempre ando de paso, No podré hacerte feliz.*

4 Duizeide, Juan Bautista: *Crónicas con fondo de agua. Vidas secretas del Río de la Plata*. Continente, Bs. As., 2010 ISBN 978 950 754 316 6 Colección Sudestada N° 5 (220 pág.)

5 Juan Genaro Beoda, en *La Tierra sin mal*. Blanca Rébora (1992) ISBN 950 912 9550

6 Juan Ortiz, en *La Tierra sin mal*. (1992)

7 *Río de los pájaros*.

8 *Pescador y guitarrero*.

*Yo soy como el Paraná, Que sin detener su marcha, Besa la playa y se va.*<sup>9</sup>

Quienes, por una cuestión generacional, no hayan disfrutado de aquellas ofrendas vocales, pueden apelar a las reversiones del Chaqueño Palavecino y percibir el acompañamiento del río en las emociones que por excelencia inspiran a los poetas: *“Y me quedé meditando las cosas tan tristes que tiene el amor”*.<sup>10</sup>

Así como Palavecino le cantó a su “Pilcomayo querido”<sup>11</sup>, Jorge Fandermole le dedicó su poesía sublime al Paraná:

*Tengo el color del río y su misma voz en mi canto sigo, el agua mansa y su suave danza en el corazón; pero a veces oscura va turbulenta en la ciega hondura y se hace brillo en este cuchillo de pescador.*<sup>12</sup>

Este miembro de la nueva trova rosarina, uno de los mejores letristas del alguna vez rockero Juan Carlos Baglietto para quien describió un cuerpo como un “Río Marrón”, dedicó todo un disco a la inspiración del agua:

*Navega, alma mía, navega,  
respira el dolor por las velas.  
Navega, navega.  
Todo lo que arde va en el viento al olvido  
y así mide mi vida el reloj del río  
por dónde iré flotando con el último latido.*<sup>13</sup>

Nada que envidiarle a las metáforas de los *Cuentos de la selva*, de Horacio Quiroga. Si este prólogo subió aguas arriba desde el Plata por Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Chaco, Misiones, fue para desembarcar en la Formosa que me arrulló un par de años en los que trabajé, viví y me entregué al amor junto a ese curso de agua en que, al decir de Serrat, “a fuerza de desventura su alma es profunda y oscura”.

Debo ser de los pocos habitantes con el privilegio de haber visto más de una vez desde arriba a esa tierra influida tanto por sus sequías como por el río. Así vislumbré una cruz como el monumento más grande de la ciudad; una presencia religiosa que se repite en cada aspecto de las crónicas de este libro, donde muchos protagonistas se encomiendan a Dios o a la Virgen.

Es lógico suponer que ese sentimiento se multiplique a la hora de escribir estas líneas, en que –otra vez– el río padre muestra su carácter castigador que nos lleva

9 *Río Manso*, de Cholo Aguirre.

10 *La vi bajar por el río*, de Guarany.

11 *Pilcomayeño*.

12 *Oración del remanso*.

13 *Navega* (Shagrada Medra, 2002) con canciones como *Marina*; *Oración del remanso* o *Lo que usted merece* (una canción de cuna costera).

a pensar qué habremos hecho mal.

De donde vengo, el conurbano sur, en Quilmes se constituyó el primer balneario de río en la

provincia de Bs. As.<sup>14</sup> y, Berazategui, la ciudad de donde es oriundo el último secretario de Ambiente de la Nación, quien debió haber hecho algo para cuidar el ecosistema que se agrava con la cultura sojera de desmonte y consecuente cambio climático que podría ser uno de los factores que inciden en las inundaciones.<sup>15</sup>

Pero vivimos en una sociedad que minimiza la importancia de la contaminación como la de la corrupción, dos asesinos silenciosos que, sin embargo, no pueden deshacerse del cadáver que, en el caso de la metrópolis, huele tan mal que su hedor es tan famoso como su nombre: Riachuelo.

Ojalá nuestra experiencia al sur de la Capital Federal sirva de aviso a quienes están en el extremo norte del país; ojalá estas crónicas ayuden a la reflexión acerca de cuánto debemos cuidar aquello a lo que estamos tan unidos como el río.

Tenerlo presente será consecuencia de repasar una historia de décadas siempre latente

siempre a punto de recomenzar

que, como el río, renace a cada momento

en cada creciente,

tras cada sequía;

aunque nunca sea el mismo río,

aunque siempre adopte la misma pose,

lo que lo define a aquél es su transcurso,

la reiteración de su curso,

su permanencia.

Tal vez eso nos pase a los humanos:

el uno del otro sabe que permanecemos;

tal vez a una distancia prudencial

pero permanecemos

sin que hierro alguno melle la memoria.

Conocemos su rumor, como una conversación, y nos quedamos mirándolo con una sonrisa colgada que denota nuestro extravío.

Es la constatación de que no estamos escuchándolo, porque no importa lo que nos diga, sino su compañía; que esté ahí con su murmullo de partenaire.

**Alberto Moya**

---

14 Salustio, Matilde Inés: *El balneario de Quilmes. El tiempo libre en Argentina*. Ed. Piro, 2009 (190 pág.)

15 Moya, Alberto: "... Y después la gente va y lo vota". *Biografía periodística de Juan José Mussi*. La Guillotina, Berazategui, 2013 (400 pág.) ISBN 978 987 45150 0 1

## **La Isla de Oro**



La Isla de Oro parece una empanada con el repulgue hacia el lado argentino. En el norte, sobre el lado que da al río Paraguay, viven unas pocas familias en ranchos. Por el sur, un riacho fétido y casi seco la separa de la ciudad. Podría recorrerse a pie en un par de horas, aunque ya nadie cuenta con la motivación de antaño.



Los chicos pedaleaban a todo lo que daban durante veinte cuadras, por la calle de tierra que lleva al Club Caza y Pesca; dejaban las bicis tiradas, se zambullían al riacho y nadaban 20 metros hasta la isla.

Con idéntica algarabía, por un pequeño sendero serpenteante, corrían entre huer-tas, plantas de frutilla, de pomelo y naranja; bajo la permanente sombra de las copas con mangos.

Al llegar a una casa, lo primero que vieron fue una pala clavada en un montículo de tierra.

El chico morocho se apartó del rubio para acercarse; llegó hasta la pala y se asomó al otro lado del promontorio. Lo que vio le dejó asombrado.

–¡Vamos, Cristian! –El rubio, parado en el porche, parecía apremiado por entrar a la casa, donde pronto le abrieron:

–Hola, Carlos.

Cristian corrió para alcanzar a su compañero al tiempo que trasponía la puerta y saludaba:

–Hola, tía Martha.

Por lo bajo, el rubio codeó al otro al susurrarle:

–¿Por qué le decís tía, si no es tu tía?

–Tuya, tampoco.

Pronto se cruzaron con una chica de tez morena y largos cabellos que caían desordenados sobre unos enormes ojos apenas rasgados.

–¿Qué hacés, Sole? –puso su mejor sonrisa.

–Hola, Carlos. Justo iba a buscar cañas. ¿Me ayudás?

Cristian vio a la parejita de no-primos salir a las corridas mientras él se quedaba con la mujer a saciar otro interés:

–¿Qué están haciendo con Cacho?

–¿Acá? Huerta, como siempre.

–¡No, allá, junto al mango, donde está la pala!

–Ah, eso es una locura de Cacho. Se le metió en la cabeza que hay un tesoro en la isla.

–¡¿Un tesoro?!

–Le contaron que durante la guerra, Solano López<sup>1</sup> trajo de Corrientes una fortuna que enterró en una isla. Cacho cree que la isla es ésta.

El joven se quedó pensativo.

En otro ámbito, el rubio estaba junto a la morena ante una máquina formada por dos rodillos, un par de engranajes más una manivela, como una trituradora por donde pasaban la caña de azúcar hasta que soltaba el jugo más dulce que bebían de un solo vaso mientras se miraban a los ojos.

Cristian ya se había ido a lo del vecino para abalanzarse sobre las plantaciones sin alambres ni tejidos ni nadie a quien importara si tomaba una banana, dos, o todo el racimo. A la “bananita de oro” que crecía ahí, muchos le atribuían el nombre de la isla.

---

<sup>1</sup> Francisco Solano López fue presidente paraguayo durante la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870). Se cuenta que al escapar de los aliados, los paraguayos aligeraban la carga enterrando sus joyas, con la idea de buscarlas al finalizar la contienda.

Trepado a un árbol miró hacia el limitado horizonte de no más de tres hectáreas, con exuberante verde manchado de pepitas doradas que parecían devolver el color del sol.

–¿Será por eso que le llaman Isla de Oro?

Se detuvo a contemplar despacio, con la mirada en abanico hasta el río cuando oyó la voz de Soledad que se acercaba:

–¡Vamos a pescar!

Salir de pesca por ahí conllevaba la certeza de dorados, surubíes, pacúes o corvinas.

–Dale, vamos –apuró Carlos, que corría detrás.

Cristian bajó, aunque con parsimonia y no sin antes procurarse algunas bananas.

Encararon hacia la costa donde, de cuatro botes, el rojo era el de Cacho. En él había solo *liñadas*<sup>2</sup>; carnada conseguirían sobre la orilla con una *picañita*<sup>3</sup> de anzuelos muy pequeños.

Ya con la cantidad suficiente, ubicaban los remos y partían río abajo, hacia la Isla Nueve, donde fondeaban para acometer con las cañas. Así pasaban casi todas las tardes aunque luego devolvían los pescados. Si “la tía” se enteraba de que navegaban, armaría un escándalo.

Los gritos de ella contaban reconocida fama; la última vez fue a propósito de que Cacho hubiera regresado borracho y sin un peso de la gran verdulería que poseían en la ciudad, por la zona del Mercadito Paraguayo, donde además se vendían cigarrillos y electrónicos de contrabando.

Días después de ese episodio, ante un curioso Cristian, el hombre se justificaba:

–Todo paraguayo merece terminar el día con su *camambú*<sup>4</sup>.

2 Liñada: Conjunto de nylon de pesca, plomada, anzuelo y lata de dulce de durazno o desodorante vacía. La “línea” se enrolla en la lata y forma la “lineada”.

3 Picanitas: cañas de pescar hechas con cañas de azúcar, nylon común, un corcho, un anzuelo y un plomo pequeño.

4 Camambú: Planta silvestre americana, de la familia de las Solanáceas, de flor amarilla, que da un fruto pequeño, redondo, blanco y muy dulce. El término Camambú se utiliza como una medida, un trago, un vaso.

Lo que nadie entendía era porqué aquella *ampolla*<sup>5</sup>, equivalente a un vaso de caña, había pasado a vaciar unas cuantas botellas de *Parapiti*<sup>6</sup>.

Ya en su casa, debió soportar los gritos que retumbaron en toda la isla:

–¡Viejo borracho! ¡Cuando revientes de la presión te vas a acordar de mí!

Aunque las peleas duraban poco porque Cacho se dormía pronto, en esta ocasión algo lo mantuvo despierto con una inusual mirada absorta que parecía replicarse al momento de contarle a Cristian lo que tanto le interesaba:

–Me lo contó mi compañero de caña, que es alguien muy leído, aunque no se anima a echarle mano a la pala. Pero yo sí; yo voy a cavar y cavar hasta salir del otro lado, si es necesario.

Hablaba y saltaba otra vez al pozo junto a la gigantesca planta de mango; empuñaba la pala como si quisiera salir del otro lado de la tierra, como si lo que en verdad buscara fuera escapar de esa vida chata entre la huerta y la verdulería.

Cristian no terminaba de entender qué emociones regurgitaban las personas que obraban así, como tampoco estaba cerca de una comprensión cabal respecto de la insistencia de su amigo para que lo acompañara a las continuas visitas a quien ni siquiera era su prima. Se limitaba a la serenidad del refugio que le daba el lugar común de atribuirle toda la magia a la isla paradisíaca.

Cada día repetían los paseos. Cuando elegían no pescar, iban a la punta noroeste de la isla donde la playa Doña Lola, un balneario sin igual en Formosa, que se llenaba de bañistas de todas las clases sociales, en pequeños quinchos donde las familias hacían asado o en una cantina donde pedían mate frío *tereré* o hacían correr la cerveza Pilsen de litro paraguaya, sin más condición que devolver el envase previa seña rubricada por la dueña, doña Lola.

Los jóvenes amigos tenían opciones menos sedentarias:

–Te juego una carrera hasta el barco arenero.

–¿Para qué? Si siempre te gano –Carlos ya empezaba a correr descalzo por la playa.

Pasaban entre gente con sombrillas y silletas, salpicándoles arena, indemnes a los insultos. Al final, el clavado sobre el río y las brazadas hasta el arenero semi hundi-

5 Ampolla: Forma del Camambú. Item 4

6 Parapiti: Es la marca más conocida de caña paraguaya

do a 100 metros, la estructura oxidada punto de referencia para las competencias. Lo hacían con un estilo crol cuyo dominio también era desconocido por sus padres.

Esta vez, ganó Carlos. El rubio contaba con un estímulo del que su amigo carecía: la mirada de Soledad. Cristian, en cambio, empezaba a ensimismarse; tanto porque presentía que estaba de más en ese trío como porque otros intereses reclamaban su atención. Había quedado cautivo por la historia del tesoro en el pozo.

—Cuando terminaba la guerra de la Triple Alianza —volvió a la carga Cacho— el mariscal Francisco Solano López venía desde Corrientes por el río Paraguay y recaló en una isla. Ordenó a su capitán descargar el oro, las joyas, las libras esterlinas y enterrarlas para que no cayeran en manos enemigas. Quienes escondieron todo se llevaron el secreto a la tumba. Muchos buscaron esa riqueza. Dicen que seres sobrenaturales la custodian y, en las noches de luna llena, una luz o arco iris ilumina el sitio. La otra noche en que no podía dormirme, cuando la tía me gritaba, yo había visto esa luz dar justito acá.

Ninguno reparó en que podría tratarse de la costa Banco Payaguá, a cinco kilómetros de la capital; o el riacho Herradura, a 40 kilómetros, o una burda broma. Cristian estaba más preocupado por un temor inconfesable: ¿Y si de tanto cavar llega a dar con lo profundo del río y el agua empieza a salir por acá?

Impreciso sería afirmar que soñó con ello, pero constatable es que, conforme transcurrieron los meses, el río pasó a comportarse en forma extraña. Aunque la época de crecida no llegaba sino hasta febrero, ya en diciembre trepó a los cinco metros, uno por encima de lo normal en el puerto de Formosa.

Los militares explicaban que se debía a las crecidas en las cuencas altas de Brasil y, ante el avance inexorable, levantaron una contención sobre Av. Napoleón Uruburu, a diez cuadras de la isla, lo que dejó más de veinte manzanas del Lote 4 a merced de la inundación. Cuando en mayo de 1983 el cauce subió a once metros, el paraíso isleño quedó bajo agua.

La dictadura nacional coordinó con la provincial la evacuación hacia distintos lugares. Cristian fue enviado a una escuela de Córdoba. Carlos y Soledad se despidieron en el aeropuerto, antes de abordar éste un Hércules C130, de la Fuerza Aérea, rumbo a la Capital Federal; mientras la chica con su madre, eran enviadas a casa de unos parientes en Bahía Blanca.

Nunca más volvieron a verse. Quienes se quedaron, jamás vieron otra vez a la isla por su destino de oro; donde hubo cultivos frutales hay malezas; el monte se vuel-

ve cerrado, a veces impenetrable. Sólo asentamientos precarios quedan, con senderos de andar peligroso, donde el contrabando ya no es problema porque la zona pasó a ser objeto de innumerables operativos antidrogas.

La Isla de Oro, al estar situada en la frontera con el Paraguay y por el poco control de las autoridades es un paso estratégico para todos aquellos que quieran ingresar mercadería de todo tipo sin controles. Ni las leyendas sobreviven. Dicen que es mentira que Cacho hubiera visto la luz señalando la plata *Yvyguy*<sup>7</sup> y que lo más extraño que halló fue una lombriz blanca de medio metro, que habría motivado las estentóreas carcajadas de la “tía”, último eco de una época de felicidad de la que solo quedó, como mudo testimonio, un inmenso pozo junto a una planta de mango.

---

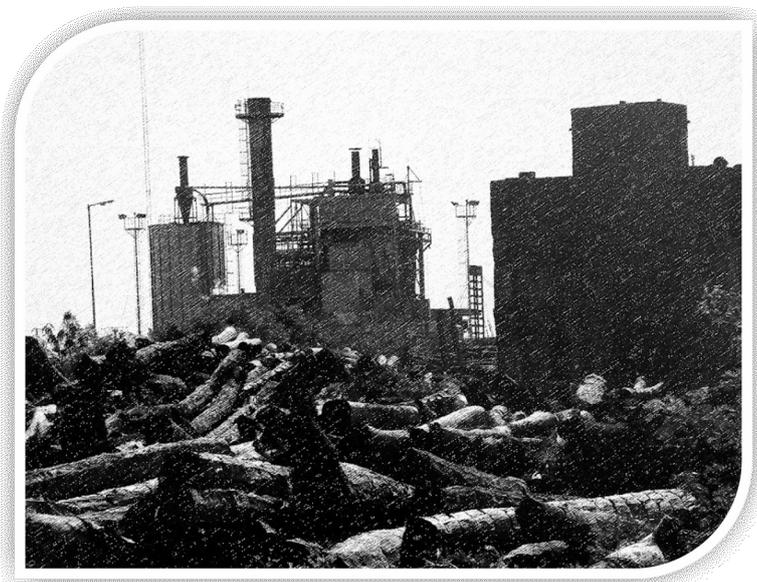
7 del guaraní enterrada, escondida

## **La muerte silenciosa**



La fábrica de tanino UNITAN S.A.I.C.A contamina desde hace más de 80 años, aunque ha sorteado todas las denuncias a través de una intrincada red de abogados.

Roberto se asomó desde la casa para percibir apenas una brisa en la tarde calurosa.



–Ya vuelvo, má’; voy al río un rato.

Tomó la correa y salió con su perro. Debía atravesar una zona de acopio de rollizos de quebracho que, apilados en pirámide, formaban laberintos en un gran terreno de senderos de tierra entre un bosque muerto. Soportó el olor húmedo, sintético, del aceite para preservar la madera, similar al de una estación de servicio; al otro lado de esas cinco manzanas, sintió una brisa fresca ante la proximidad del río a la que Rino, con ladridos, advertía que había llegado.

Allí, donde pequeñas olas daban sobre la playa del ancho cauce, corrían, chapoteaban; él tiraba alguna ramita que su perro recogía y traía mientras le saltaba alrededor, se zambullía a nadar mientras Rino ladraba desde la costa, metía un poco las patas y retrocedía para ladrar otra vez.

Cuando regresó a la playa se tiró transversal a la costa, donde quedó inmóvil hasta que sintió los lengüetazos cariñosos sobre la cara; entonces se irguió y abrazó al can para revolcarse con él.

Un tanto exhausto, se sentó a ver los camalotes pasar mientras le acariciaba la cabeza.

Al oír el silbato de la fábrica, supo que eran las seis de la tarde; salió de sus cavilaciones e inició el regreso. Dejó a Rino adelantarse hasta que se perdió de vista y caminó tranquilo hasta que escuchó un aullido.

Lo oyó casi tan fuerte como al silbato, corrió; lo oyó otra vez; buscó entre los rollizos; no acertaba en el pasillo correcto; empezaba a agitarse bajo el aire irrespirable cuando lo vio al final de uno de los senderos, en un descampado.

Solo veía el torso del animal, el resto del cuerpo estaba semi sumergido en una arena movediza de aserrín; aun cuando lo supuso muerto, corrió hacia él, metió los pies y se arrodilló para alzarlo, se horrorizó al observarle el cuerpo quemado y sentir un inolvidable olor.

En ese instante sintió como si recibiera una descarga eléctrica, en las rodillas, en los pies, en las manos; debió soltar a la mascota porque la carne quemada se le confundía con sus propias manos sin piel.

El sonido del silbato de la fábrica, como cada media hora, se sumó a sus gritos, que hallaron rápida respuesta por parte de un operario que llamó a emergencias.

En la ambulancia, sintió que el camillero de gesto adusto insistía en que mantuviera las piernas extendidas y cuidara sus manos:

–No las baje amigo, aguante, ya llegamos al Hospital.

Por esas “quemaduras de tercer grado”, perdió la piel de las manos.

\*\*\*

Roberto Torres fue trasladado al Hospital del Quemados de la Capital Federal, lo que llevó a su familia a suponer que “fue para sacarse el problema de encima, cuando empezaron a aparecer abogados de la empresa”.

El cirujano plástico Alfredo Bigeschi, vicedirector del nosocomio, se interesó:

–Es un caso complicado, debemos esperar los datos del laboratorio para arriesgar un pronóstico; aunque necesitará varios injertos.

Así comenzó un penoso tratamiento de cirugías, con piel extraída de sus glúteos para reconstruirle las manos destruidas por las quemaduras de carácter “tóxico”, según consta en la Historia Clínica 750291 de la Secretaria de Salud Pública porteña.

Regresó a Formosa para continuar el tratamiento pero su salud empeoró; la piel injertada se reseco y, cada vez que extendía el pulgar, se le resquebrajaba antes de sangrar.

No pudo volver a trabajar y fue despedido.

Tras el hecho, Leonardo Freijo, administrador de la fábrica, ante las cámaras de TV explicaba: “Lamentamos lo sucedido pero el accidente ocurrió dentro de un predio privado, con cenizas de origen vegetal ya que el combustible de la caldera es el aserrín de quebracho colorado remanente del proceso productivo”.

Después, UNITAN cercó parte de su predio con muros y alambrados. Informes periciales de Gendarmería revelaron que “las cenizas sólo arden varios días si tienen componentes químicos (...) los desechos no pueden arrojarse al terreno sin ser tratados”.

\*\*\*

A dos cuadras de la casa de Roberto, vive Estela M. quien vio cuando se lo llevaban en ambulancia.

“Este es un barrio gris por esa maldita fábrica, ha matado y enfermado a muchos”, dice entre un grupo de vecinos antes de aportar un recuerdo que viene al caso.

Un día cuarenta años antes, su marido Mario, llegó de trabajar en las calderas de la fábrica, con su uniforme de Grafa oscurecido por el hollín. Se bañó antes de sentarse a la mesa a cenar:

–La caldera dos no funciona bien; la válvula de escape hace un ruido raro. Le dejé orden a los muchachos de que no la usaran porque ya está vieja. La apagué y le avisé al supervisor pero, ni cinco de pelota.

La esposa intentó tranquilizarlo:

–Terminala, viejo, olvidate del trabajo y comé tranquilo.

Desde la casa oía el cada vez mayor ruido de las válvulas de escape. Debió desistir de la siesta cuando notó que las calderas funcionaban a toda su capacidad; alguien había prendido la que él ordenó apagar.

–¿Estos son o se hacen? Ya vuelvo –gruñó mientras se vestía.

–Dejate de joder, ¿adónde vas a ir? –la mujer sabía que su esfuerzo era inútil.

Lo fue también para él, que no llegó lejos; sintió un bajón de la presión, un ruido ensordecedor y la onda expansiva de la explosión. Corrió directo a la zona de calderas, vio ladrillos destrozados por todos lados y operarios que corrían con baldes de agua. Una masa informe de cuerpos carbonizados, como fundidos con el metal, yacía a un costado. Eran sus compañeros de trabajo, seis de sus amigos.

Nunca lo superó, pensaba que si se hubiese quedado, el accidente no hubiera ocurrido. Pocos años después murió por cáncer de pulmón, lo que –según Estela– pudo haber sido provocado por respirar ese polvillo con olor a azufre que sale de la fábrica, el que respira el barrio y contamina los desagües pluviales.

UNITAN, con 80 años en la provincia, se excusa:

“Nuestra empresa es la única en la provincia que tiene certificado todo el proceso de diseño, producción y comercialización de sus productos por la norma ISO 9001 extendida por la consultora IRAM y revalidada año a año”.

Lo que no aclara es que tales normas se aplican a algunas áreas de la empresa, no a todas.

\*\*\*

Durante años, los vecinos se organizaron para reclamar por las afecciones respiratorias, aunque sus quejas no contaron por mucho tiempo con un acompañamiento en la prensa local. Acreditaron en varias denuncias que los gases despedidos, medidos por la propia empresa, eran excesivos.

Hacia mayo de 2006, pescadores que fondeaban lanchas detrás de la fábrica, denunciaron una mancha de quinientos metros con fuerte olor a combustible.

La empresa no debió dar explicaciones porque la División Laboratorio Químico del Departamento de Investigaciones de Criminalística de la Prefectura Naval, tomó una muestra en una botella de vino *Valmont*, lo que fue usado para señalar ‘falta de rigor científico’.

Pero UNITAN cuenta también con otras fortunas: no hay regulación provincial respecto de los efluentes líquidos, si bien los producidos superan los permitidos por las leyes de otras provincias. Nunca se hizo un estudio de impacto ambiental por-

que el costo deben afrontarlo quienes protestan y lleva como mínimo un año de observaciones tanto del aire, del agua y el suelo en situaciones, horarios y con circunstancias tan distintas como complicadas.

Así, las cenizas siguen siendo volcadas sobre el terreno y terminan contaminando las napas.

\*\*\*

Selva llevó a sus alumnos de jardín al paseo costanero en un hermoso día de brisa con el río de fondo. Los sentó en ronda y buscó en su bolso los cartones que había recortado.

–Es horrible la imagen de la fábrica, arruina la vista –dijo la practicante a su lado. Una de las obras más bellas, la Costanera Vuelta Ferosa, termina de manera abrupta sobre esa vieja construcción.

Selva repartió cartones a chicos que debían juntarse por semejanza de colores:

–¡Cuando vuela un pajarillo, en sus plumas amarillo! –cantaron las maestras y dos chicos fueron al centro.

–¡En la tierra del camión, hay un lindo color marrón! –y solo uno acudió.

Repitieron la canción y los chicos miraron sus cartones. Vieron que el de cartón marrón, se frotaba los ojos. Pensaron que le había entrado arena pero otro acusó los mismos síntomas; luego otro y otro más. Selva sintió un fuerte olor a azufre y una molestia en la garganta.

–Viene de la fábrica –apuntó la practicante.

Los chicos fueron atendidos por una empresa de emergencia médica; el Defensor del Pueblo presentó la denuncia; la noticia pasó rápido por los medios; las maestras no hablaron más del tema; la denuncia fue cajoneada... Poco después, un diario tituló:

“Más de diez toneladas de tanino que parten desde el puerto local muestran la capacidad operativa y productiva de la provincia”.



## **El último recurso**



El río Paraguay trae vidas y se las lleva; tantas que nadie tiene una estadística de los muertos que se van con las aguas. Allí encontró la Prefectura, hace varios octubres, el cuerpo de un sexagenario que flotaba.



En la zona de la ribera se halló un auto sucio que parecía estacionado desde hacía varios días; era un vehículo del emblemático año 2001, el de la crisis económica.

Bajo sus huellas quedaría sepultada la historia de un hombre que tuvo todo lo que el dinero había podido depararle.

Alto, muy blanco, de andar elegante, con cabellos y ojos negros, Julio C. era atractivo. Nacido en una familia acomodada de esta capital, tuvo una infancia feliz, una adolescencia plena y una juventud prometedora.

La relación con sus dos hermanos, un varón y una mujer poco mayores que él, siempre fue muy estrecha tanto que, de adultos, hacia 1982, resolvieron canalizar su patrimonio en una empresa común: una gran tienda de electrodomésticos con sucursales.

Durante dos décadas las cosas marcharon más que bien: el negocio floreciente, la familia unida como nunca y él, un hombre de mundo.

“Lo escuchábamos como si fuera un profesor”, cuenta Jorge S., amigo de un sobrino suyo. “Teníamos 15, 16 años, recién comenzábamos a salir a la noche y él andaba con nosotros; nos hacía entrar al boliche, nos aconsejaba lo que teníamos que hacer, era nuestro ídolo porque era grande, tenía plata, se las sabía todas, le llovían las minas, todos queríamos ser como él”.

Sentado en una confitería frente a la Iglesia Catedral, acodado en la barra de algún boliche o dando vueltas en algún último modelo, verlo en la noche formoseña era común,

acompañado por una novia o con amigos; eso, cuando no salía a navegar por el río en su potente lancha o recorría algún lugar del mundo, apasionado por los viajes.

Nada hacía suponer que el volcán se preparaba para estallar.

Un buen día comenzaron a llover los acreedores y a llegar embargos, uno tras otro, provocados por desmanejos del menor de la familia, quien administraba la empresa que entró en quiebra. Gritos, portazos, peleas, todo se desmoronó.

Él era contador pero nunca había ejercido y, a sus más de 50 años ya no sabía cómo hacerlo. Puso en su casa un quiosco, en el que vendía desde yerba hasta toallas higiénicas, pero un buen día su sobrino mayor le pidió que le devolviera la vivienda que, por esas cosas de la vida, él había puesto a nombre de este

pariente, años antes, junto con otras propiedades, para evitar incluirla en el reparto de bienes con su ex esposa durante el divorcio.

No tenía descendencia, pero había llegado a querer como propia a la hija de su última pareja, hasta que la relación se rompió y la mujer se llevó a la niña a Buenos Aires. Esa desazón contribuyó quizás, según sus amigos, a sumirlo en un pozo depresivo que lo llevó a descuidar los negocios.

“Julio lloraba como un chico por esa nena”, cuenta Guillermo O., un ex empleado. Los pocos pesos que lograba juntar, producto de la dádiva de su anciana madre y amigos, los destinaba a viajar para reencontrarse con ella.

Desalojado, se mudó a una vivienda de barrio que, en tiempos de bonanza, había comprado como una inversión; una casita humilde, venida a menos, pintada de un rabioso celeste sintético, con dos ventanas sin vidrios que asomaban tras los altos pajonales del parterre y, como cortinas, sendas sábanas floreadas atadas de los extremos, que acumulaban tierra en sus pliegues.

Pegada a una de las ventanas podía verse que una lámpara, de las extensibles para campamentos, daba luz a la estancia y, detrás de la otra, la luminosidad parpadeante del televisor encendido sin pausa, en los programas del canal local.

Una vecina cuenta: “siempre decía yo que este hombre iba a terminar mal, se lo

veía muy rara vez y un día, me acuerdo, lo vi caminando acá a la vuelta, en bóxer y camisilla, con ojotas y fumando, demacrado, barbudo, mirando adelante, a lo lejos, ido”.

El solo ambiente en que vivía resultaba deprimente, una pobre casa, oscura, en soledad casi absoluta ya que no se veía a nadie llegar y a él pocas veces salir en los años

que duró este voluntario confinamiento, con su desvencijado auto, cubierto de tierra y yuyos, parado en la calle.

Fue la ausencia de este auto, que nadie creía que funcionara, lo que un domingo llamó la atención a la dueña del quiosco de la esquina. El miércoles de la semana posterior vio el coche en las inmediaciones del club Náutico, a metros de la costanera.

Al día siguiente, el auto seguía allí; al otro día, igual. Pese a que no tenía mucho trato con el hombre, fue en varias ocasiones hasta su casa; golpeó la puerta, sin respuesta. Dio parte a la Policía, casi en el mismo momento en que era encontrado por la Prefectura.

En los domingos –como el de la desaparición de Julio– es cuando se da la mayor cantidad de suicidios, sobre todo al caer el sol –entre las 19 y las 24–, según la Organización Mundial de la Salud (OMS) que contabiliza un promedio de más de ocho suicidios por jornada.

Su cuerpo estuvo dos días en la morgue del Hospital Central hasta que dieron con su familia. Su hermano, que vivía en Resistencia, Chaco, llegó para reconocerlo.

Sin velorio ni despedida, lo enterraron en un cajón barato en la nichera municipal, sin nombre ni dedicatoria, registrado sólo bajo un número.

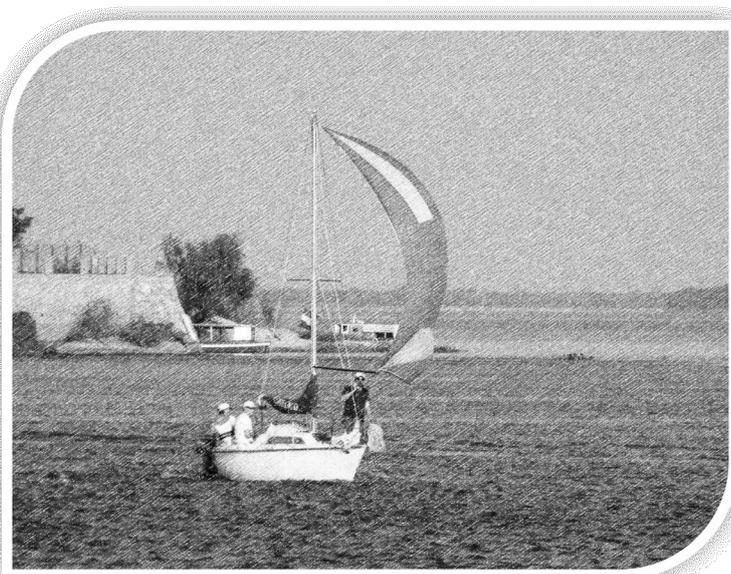
“En zonas ribereñas son más comunes los ahogos por la cercanía al medio –dice un psicólogo consultado –. El agua es también una forma de cumplir una fantasía inconsciente: la de llenarse de algo, el agua vendría a colmar un vacío existencial; a la vez que afecta a la garganta y los pulmones o el pecho, los lugares del cuerpo donde se siente la angustia”.



*Lepiyú*



Franco Romero comenzó a navegar cuando tenía 15 años. A sus 44, sueña con enseñar canotaje a niños, con tener una guardería náutica o, al menos, que alguien construya una donde se pueda brindar la comodidad que hoy no tienen los navegantes.



Alto, flaco, desgarrado, siempre estuvo ligado al río ya que su padre es un gran pescador, pero fue en el 1984 cuando con su hermano adoptivo junto a un grupo de amigos comenzaron el curso de timonel en un velero de la Clase Nacional Pampero.

Era lo poco que quedaba del programa “El mar nos une”, lanzado en 1970, durante la dictadura, para propiciar la navegación a vela, en clase Pampero a partir de los 15 y en la clase internacional *Optimist* para chicos desde los 6 años.

En ese contexto, habían llegado a Formosa 24 embarcaciones que se usaron para el transporte de evacuados durante la gran inundación de 1983. Superada la contingencia fueron donadas a Vialidad Provincial, a la Prefectura paraguaya de Alberdi y al Club Náutico, mientras que 16 quedaron en los fondos del Estadio Centenario en manos de la Dirección de Deportes de la Provincia.

Tras tomar el curso de timonel, con otros socios del Náutico de entre 15 y 16 años, resolvieron restaurar un barco que quedó en el club, el *Cambalache*. Les llevó meses, día a día, hasta la madrugada. Le cambiaron el nombre a *Lepiyú*, “viejo” en guaraní, nombre que se extendió también al mismo Franco, que era uno solo con el navío.

“Así empecé la aventura en el río por mi cuenta”, se entusiasma. En julio de 1986, comenzó a competir con ‘Cacho’ Philippeaux como compañero. Fue en el Primer Torneo Nacional de Pampero que se hizo en Tucumán. Participaron del segundo torneo al año siguiente y continuaron en Posadas; Candelaria y San Juan.

Después, vino la Facultad. Hacia 1988, el hombre empezó en la Universidad Nacional del Nordeste de Corrientes, la Tecnicatura en Comunicación Social, hizo luego la Licenciatura en la Universidad Católica de Santa Fe. En seis años, regresó a Formosa para quedarse.

Se encontró entonces con un grupo “entusiasta de nautas piragüeros”; todos de Ciencias Económicas que andaban en piragua, único medio que surcaba las aguas del Paraguay además de las lanchas.

Todos los ojos se volvieron hacia el *Lepiyú* que seguía en el Náutico. Conformaron una subcomisión en el club; consiguieron que la Dirección de Deportes les cediera las embarcaciones y mástiles depositados en los fondos del Estadio Centenario, heredados de aquel programa del Proceso.

Recuperaron tres de esas naves y, con otros aportes, la Subcomisión llegó a tener más de diez embarcaciones en la guardería, con las que comenzaron a dar cursos de vela y timonel habilitados por Prefectura, que revalidaba los carnets otorgados en el club.

Para Franco, una de las principales enseñanzas que rescata de la navegación es la fraternidad, expresada en el río como en ningún otro ámbito. Cuenta que una vez “veníamos en lancha desde Asunción cuando nos quedamos sin motor y los otros barcos se turnaban para traernos, si te falta algo enseguida te lo consiguen”.

Es paradójico que el más recóndito espacio de solidaridad sea herencia de una dictadura. Otros grandes aprendizajes fueron trabajar en equipo y confiar en los demás, ya que el que conserva el timón, tiene el mando y la vida del otro en sus manos.

“La experiencia de pasar cinco días con una persona en dos metros cuadrados, adaptarse, no es fácil” dice y enumera “aprendés a conocer el límite de tus posibilidades, te permite afrontar desafíos que no imaginabas y te das cuenta de que no hay nada imposible”.

Con los años, la actividad se ha desalentado. A la construcción de la costanera, iniciada en 2002, que dejó al Náutico sin acceso directo al río, se sumó la falta de

comodidad para guardar las naves, ya que la única guardería de la ribera, *Costa Brava*, no sabía manejarse con veleros ni tampoco tenía intenciones de destinarle tiempo y espacio.

Romero no se acobarda y pretende reactivar la subcomisión náutica del club de sus amores. Ya busca espacios donde reunir gente con embarcaciones que quieran y puedan reflotar las actividades en el gran espejo de agua que nos rodea. Quiere también enseñar *Optimist* para inculcar a los niños la pasión por el río.

Porque si no se los agarra de pequeños, se corre el riesgo de cumplir el proverbio chino: *“es más fácil variar el curso de un río que el carácter de un hombre”*.



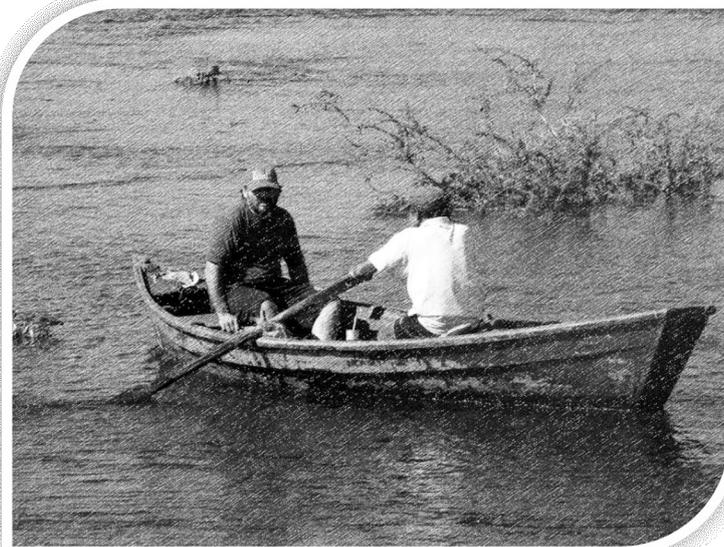
**Sánchez, el isleño**



Sánchez nunca dice su nombre de pila. Es muy delgado aunque fibroso y cuando camina se encorva un poco; conserva su pelo graso cortado a cuchillo, unos ojos marrones que ya tienen un aro más claro y una risa esporádica aunque franca.

Vive aislado, en una choza de madera, chapa de cartón y paja con un catre, una mesa y dos banquetas.

Tiene un plato hondo enlozado, una cuchara, un gran cuchillo y –su más preciado tesoro– una vieja carabina. Debajo de la catrera asoma un bulto con algo de ropa, de abrigo quizás, ya que en verano pasa el día en cuero.



Se hace el sordo cuando se le sugiere hablar de aquella historia que cuentan, en la que a los 19 o 20 años mató por celos a un tipo y se mudó de orilla. Apenas levanta una mano como quien espanta una mosca.

No parece agresivo, ni aparenta rehuir la compañía. Al contrario, aguarda al doctor con ansias, por los remedios, por la charla, por algún atado de cigarrillos, una petaca de caña, por el hielo que le regala antes de partir, ya que heladera no tiene, ni tampoco dónde enchufarla.

No recuerda cuándo fue a la capital por última vez:

“Hará cinco, siete años, no sé cuándo fue que murió mi vieja; llegue pero ya después que le habían enterrado, no sé ni para qué fui porque nada no hice y me volví nomá”. Enseguida, muestra un cubrecama verde de retazos, doblado varias veces en el catre a modo de almohada: “éste me traje que era de mi mamá”. Desde entonces, se la rebusca entre la naturaleza, sin necesidad de acudir a la ciudad.

Se rodea de siete perros mestizos sin nombre, salidos de quién sabe dónde, que se alejan o se acercan hacia donde perciben una presencia extraña; se recuestan a los

pies de las banquetas y alrededor del rancho mientras están relajados; se aproximan a Sánchez y menean la cola si creen que recibirán comida.

Se los lleva a la costa a buscar pirañas, voraces predadoras de río: las agarran al vuelo, las atontan a dentelladas y ahí las comen, apenas exhalan su último aliento, desde la cola hasta las branquias; dejan las dientudas cabezas secarse al sol.

Va hasta el fondo de su choza a buscar una canoa medio agujereada que había arrumbado pero que rescató del olvido luego de que le robaran el mejor bote, hace casi dos años.

Un buen día se levantó, al clarear como siempre, y ya no estaba, en un hecho que, asegura, es por demás raro: “no pasa eso por acá, nunca casi y los perros de porquería estos ni ladraron, alguien conocido habrá sido a lo mejor pero ya, cuando menos piense, lo *vi’á* encontrar”.

Encara hacia la costa detrás de los perros, como cada día, a resguardo en la ribera bañada por las amarronadas aguas del Paraguay. Conoce por dónde pasan los contrabandistas; en qué lugar salen surubíes; por cuál recodo encontrará dorados y cuál es el pozo de corvinas, como “si viera bajo el agua” dicen los pescadores que lo visitan, aunque no suelta prenda.

—En el río nomá’ conseguí —responde a quienes notan en su pequeño bote de madera envidiables piezas.

No revela sus secretos, el río es su vida desde hace 25 años, aunque algún que otro dato le da al doctor, pescador también, que de vez en vez se acerca con medicación a su choza en la ribera del Paraguay, cerca del riacho La Ninfa.

“Imaginate, doctor, si yo le digo a todo el mundo dónde sacar, se me va a llenar el río; si me preguntan dónde hay, ¡le digo que hay en cualquier lado! ¡Noooo! Dejále nomá’ que procuren por su lomo, a vo’ nomá’ te cuento” dice y muestra una amplia sonrisa con pocos dientes.

Arma su dieta sobre la base de lo que obtiene en el río: mucho surubí, corvina o pacú, algún dorado y, cuando no hay *pique* se conforma con alguna piraña ideal para la sopa.

De vez en cuando, se lleva a la boca algún carpincho que caza de noche en sus salidas a mariscar con la carabina que un pescador que viene a consultarlo —ex comisario el hombre—, le arregló en la ciudad. La pesca es su fuente de dinero; vende a

un viejo que recorre la ribera para revender en la ciudad.

Agrega algo de lechuga, mandioca y, por temporadas, tomate que cultiva en una desordenada huerta al costado de su casa. Carne come poco, al llegar el doctor y su amigo o algún otro ocasional visitante; arroz con fideos si recibe a su hermano, el único pariente que lo visita, rara vez.

Saca unos leños secos de lapacho que ha tomado la precaución de acumular; prepara un fuego e instala una vieja parrilla encima donde calienta su colecta cotidiana; a veces pone las mandiocas a asar; otras, las hierve en una lata.

Y, sólo en la cena, se deja tentar por la botella de caña aunque no se deja ver vencido por ella. Apura el líquido con tragos cortos, a la hora en que los mosquitos dejan de asolar, hasta que queda dormido.



**Vengativo río**



Al principio, el agua tapaba el pedestal de la estatua del fundador de Formosa, Luis Jorge Fontana<sup>1</sup>, en el puerto.



Desde 25 de Mayo y Eva Perón, pleno centro, una cincuentona Vicenta Izaquiel se alarmaba:

–Vamos a tener que irnos.

–No se apure, Vicenta, que nadie dice que pueda llegar hasta acá.

–El Paraguay es un río muy inestable, a mediados del año pasado, después de la guerra de Malvinas, llegó a los nueve metros.

–Ocho con noventa.

–Igual, es una barbaridad. Y hace cuatro años también anduvo por ahí.

–Sí, 8,32. Pero estamos en la parte más alta, a 12 metros por encima. Los que la van a pasar mal son los que están más cerca de la orilla.

Vicenta no se tranquilizaba, todos los días iba a ver la estatua, que ya tenía los pies al ras del agua. Supo que había gente que debía dormir en vagones de trenes.

Los que mantenían la esperanza de que la crecida no fuera como las de antaño, subieron muebles o electrodomésticos sobre ladrillos, *pallets* o encima de las mesas por si el agua llegaba de repente. La mayoría construía pequeñas murallas o ponía bolsas de arena en las puertas de las casas y de los baños ya que –se decía– podían reventar las cloacas y entrar el agua por allí. Muchos prepararon sus cosas para un desalojo forzoso. Quien tenía dónde, llevaba sus pertenencias de más valor a sitios elevados, dejando en su casa lo indispensable.

Vicenta escuchó en la radio:

<sup>1</sup> En 1983 la estatua que se erigía en el Puerto de Formosa era, indiscutiblemente, para toda la población, la de Luis Jorge Fontana, quien fundó la ciudad el 8 de Abril de 1879. Recién veinte años después comenzó a ponerse en duda a quien pertenece. Hay quienes dicen que se trata de Juan de Garay, otros que representa de manera genérica al conquistador español y otros que sostienen que es Fontana, solo que el escultor se tomó licencias artísticas y vistió al fundador con un traje que no correspondía a la época.

*“El gobierno provincial acaba de informar que las clases se suspenden debido a que las escuelas serán necesarias para contener a los evacuados”.*

Otra oyente era Pilar Barrios, alta y delgada, de mirada penetrante con voz cadenciosa, no llegaba a los 40 años. Como directora de la Escuela 333 del barrio Villa del Carmen, supo que debería transformarse en coordinadora de un centro de evacuados. Pensaba que el drama no la alcanzaría; su casa estaba en el sector más alto del barrio San José Obrero, muy por encima de la Laguna de los Indios, ubicada detrás.

En la otra punta de la ciudad, la familia Cancio fue de las primeras que debió abandonar su vivienda. Hacia fines de marzo, fueron a casa de un hermano de la madre, en el barrio San Miguel, más cerca del centro. Verónica, de 12 años, y su hermano de 10, disfrutaban de lo que parecían vacaciones; los tíos los atendían muy bien, no había clases y jugaban todo el día con los primos de su edad.

Los servicios públicos eran deficientes, había desabastecimiento; las pérdidas materiales eran multimillonarias.

La estatua de Fontana ya tenía agua hasta las rodillas.

Vicenta le planteó a su marido:

–Vámonos a lo de mi hermana, en Corrientes, por las dudas.

– ¿Y si nos entran a robar? No, no, yo me quedo a cuidar la casa. No puedo dejar así lo único que tenemos.

Esa noche sería decisiva para muchos.

Por la mañana, Pilar bajó de la cama y sus pies en el piso hicieron ‘plaf’; empezó a gritar; corrió a la ventana y vio pequeñas olas que golpeaban la pared de la pieza. Levantó a sus hijos, de 9 y 11 años, los puso a resguardo y fue a trabajar, ya que en la escuela debía organizar la atención para decenas de familias alojadas. Su marido vació la casa y llevó lo que pudo al salón de conferencias de “Cosecha”, una financiera en Deán Funes y España, que le prestaron porque su hermano trabajaba allí.

Las escuelas empezaron a ser insuficientes para contener a los evacuados; tampoco alcanzaban los colchones, ni alimentos.

A la estatua de Fontana el agua le trepaba a la cintura.

Todos los días salía un avión de la Provincia con destino a Buenos Aires; llevaban a quienes se alojarían en casas de particulares solidarios que se anotaban en la Casa de Formosa para recibirlos. Unas diez mil personas se fueron por sus propios medios.

En los perímetros más altos de la ciudad empezaron a levantar muros de contención, con tierra compactada que era transportada en camiones y consolidada por obreros, personal militar y todo voluntario que quisiera aportar.

El terraplén quedó cerca de la casa de Pilar, quien vivía sobre la Av. Napoleón Urburu y Moreno, aunque su casa quedó del lado de afuera y, para entonces, ya había casi un metro de agua adentro. “La barrera se hizo al final, tarde, cuando el río ya rodeaba la ciudad y se creía que no iba a parar”, relató.

Y debía continuar en la escuela, uno de los 75 centros de evacuados que amparó a más de sesenta mil almas.

Para entonces, la casa de los tíos de Vero dejó de ser segura. Los Cancio fueron a la escuela 18. Dormían en colchones sobre el piso, con su ropa y pocas cosas en bultos al lado, mucho no se podía porque todos llevaban pertenencias.

Apiñados, lo que uno hacía molestaba al de al lado; los chicos peleaban; las madres se metían; hubo quien llevó a sus perros que con las patas mojadas pisaba las camas de los demás... a la noche lloraban los bebés.

Hacia abril, el Paraguay cubría la estatua hasta la mitad del pecho y había avanzado sobre la costa al punto de rodear a la capital formoseña por el norte y por el sur hasta convertirla en una virtual isla.

Pilar lo resumió en una frase: “Parece que Formosa va a hundirse”.

—El barrio Lote 4 ya desapareció, no se ven los techos de las casas —le comentó su marido.

—Vamos a tener que mandar los chicos a Buenos Aires —se llevó la mano a la garganta antes de seguir—; ya averigüé, sale un avión a eso de las cuatro de la tarde —apenas lo dijo, se pasó las manos sobre los ojos y se dejó abrazar mientras, sobre el pecho de su marido murmuraba—: No quiero hacerlo, no quiero.

Esa noche se puso a rezar; se dirigió a todos los santos y a la Santísima Virgen pidiendo que se terminara de una vez.

El río avanzó hasta su marca máxima de 10,73 metros, el 31 de mayo de 1983. La estatua estaba con el agua al cuello.

Por la radio conocieron algunas precisiones:

*Se perdió el 90 por ciento de los cultivos. Los evacuados ascienden a sesenta mil, a lo que deben sumarse diez mil más que dejaron la provincia por su cuenta.*

A mediados de junio, muy despacio, el río comenzó a bajar. Más aún tardó la gente en regresar para recomenzar.

Cuando terminó de ayudar, Pilar no volvió a su casa, “ni pasé a mirarla nunca; estábamos rodeados, agua por todos lados, era un desastre, espantoso, de una angustia terrible, indescriptible, descorazonador, desesperante”, relató.

Verónica guardó una foto de un mes antes del desastre, donde aparece flaquita, con el largo cabello castaño a lo largo de la cara y las manos en los hombros de una vecinita más chica, delante de lo que fuera su casa verde, con ventanas a cada lado de la endeble puerta de madera y techo de chapa.

Vicenta, ya con 80 años, encorvada sobre su bastón reflexiona:

–Y ahora, cuando veo de nuevo las noticias de inundaciones por todos lados, acá, en Corrientes, Misiones, hasta Brasil, pienso “quién estará haciéndole daño a la naturaleza que responde así, tan vengativa”.

**Banco Marina**



Hacia 2002, cuando empezaron las obras de la costanera ribereña, la familia Gómez se alegró. Tenía un almacén de ramos generales en un barrio pequeño de cinco casas que sobrevivían en torno del balneario Banco Marina.



Había sido durante años el sitio preferido para apaciguar los tórridos veranos, a seis kilómetros del Puerto de Formosa, con baños, destacamento policial, cantinas y salón de juegos en la gran playa justo frente al puerto de Alberdi.

Muchas familias llegaban con sus lanchas, otras venían por el camino de tierra que unía el centro de la ciudad por detrás del Club Náutico. Atravesaban el riacho Formosa por un puente *Bailén* puesto alguna vez por un ingeniero del Ejército a través de 3 km con camino arenoso.

El balneario siempre tuvo mucha gente, aún a pesar de la inundación de 1983, porque al bajar las aguas se reacondicionaban las playas y volvía a ser el lugar de referencia.

Silvio Gómez sacaba las mesas a la espera de los clientes que en los fines de semana convertían al lugar en una fiesta.

–Raúl, traé las sillas y tirá un poco de agua en la arena –dijo a su hijo más grande.  
–Parece que hoy va a haber mucha gente, fijate las lanchas que van a Alberdi, están llenas –contestó, mirando al puerto paraguayo.

El sábado empezaba con gente que desde temprano practicaba deportes en torneos de fútbol, vóley o paleta playera. Otros caminaban por la playa, consumían

agua mineral, jugos de naranja, de mango o licuados de banana. En la siesta, cuando ya no quedaba dónde poner una sombrilla, las preferencias cambiaban y la cerveza era la bebida elegida.

Silvio también vendía productos regionales, mates, llaveros, entre otras “chucherías”; muchos se llevaban recuerdos de Banco Marina. Lo recaudado en el verano, les alcanzaba para vivir el resto del año amén de que casi siempre había actividad porque el calor perdura en la región.

Como todos, quienes vivían en función del centro turístico, esperaban que la autopista ribereña fuera la puerta del progreso pero algo preanunció que el futuro no sería tan promisorio.

El puente *Bailen* sobre el riacho Formosa, hecho en hierro con piso de madera, se desprendió en un extremo. Luego de un par de días terminó por derrumbarse.

El irregular curso perpendicular al río Paraguay pasaba, mil metros más abajo, bajo otro puente en el barrio La Maroma, un sustituto en los años que siguieron.

Con el transcurso de los meses, se improvisaron caminos de tierra desde barrios más alejados pero el balneario no recuperó la afluencia de gente.

Después de varios años, el municipio decidió habilitar el balneario de Laguna Oca al otro extremo de la ciudad y las familias de la vieja playa vieron disminuidos sus ingresos. Banco Marina se tornó un lugar solitario.

No importaba, había que aguantar, la costanera traería de nuevo a la gente.

Con los años, reconstruyeron el camino, lo alzaron a 11 metros y los restos del viejo puente Bailén fueron reemplazados por una estructura de hormigón armado.

La bajada del terraplén era un tanto brusca al llegar a Banco Marina, pero se usaba un camino alternativo al costado del principal para poder acceder.

Mientras, los Gómez habían achicado su negocio, vivían de la pesca y de cruzar personas en bote hasta la ciudad de Alberdi, ilegalidad tolerada por la Prefectura.

\*\*\*

Durante años el circuito céntrico para pasear fue la avenida 25 de Mayo desde la plaza San Martín hasta el Puerto de Formosa donde los autos pasaban por las cua-

tro o cinco confiterías donde se concentraba la movida del fin de semana. A esa recorrida oval le decían “*vuelta del perro*”, puesto que antes de irse a dormir, los formoseños iban y venían por ahí.

Cuando se inauguró de la costanera Vuelta Ferosa, los hábitos cambiaron por el de la majestuosa obra a 10 metros sobre el río, similar a una autopista, con dos vías de cuatro carriles, iluminación de led’s, más de siete kilómetros de paseos, plazas e inmensa fuente con aguas danzantes en cuya rotonda se pegaba la vuelta; no dejaba de ser otra “*vuelta del perro*” aunque más sofisticada.

Desde Banco Marina, los Gómez vieron reemplazado el viejo puente Bailén por otro de hormigón y algunas escaleras en el recorrido sobre el cruce del riacho.

La nueva costanera quedó separada a una altura superior del resto de la costa.

–Nos dejaron afuera del circuito. No nos van a hacer ninguna bajada a la playa, ni vamos a poder recibir a los distribuidores –Silvio se convenció de que nadie vendría a su playa y que las familias del Banco Marina habían quedado aisladas.

–Tendríamos que haber reclamado antes –agregó su hijo Raúl.

Ya nada pudo sostenerlos en el lugar, no había forma de generar recursos para sobrevivir. Otras familias se fueron antes, los Gómez fueron los últimos.

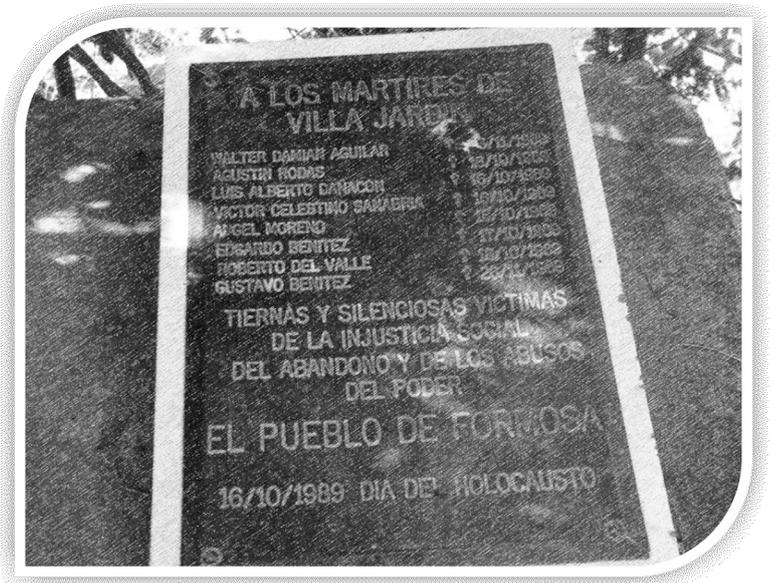
Los ruidos de la multitud en su playa quedaron como un eco fantasma, en los pasillos de la vieja estructura de cantinas y destacamento policial que sigue en el mismo lugar aunque ya sin techos, ya sin gente, ya sin vida.



**“Barco”**



Cuando del camión cervecero, el chofer y su ayudante descendieron para dirigirse al bar *La Gringa*, “Barco” vio su oportunidad. Dio un rodeo extenso para colocarse del lado donde no fuera visible, tomó seis botellas de *Quilmes* y se las guardó, hasta que quiso huir.



Se topó con la mirada del ayudante del chofer que se crujó los dedos con los guantes de trabajo puestos; se midieron un instante, “Barco” ajustó la mochila; en lugar de escapar, embistió de repente contra el hombre; le esquivó un golpe y, con sus cien kilos lanzados, lo tumbó. Corrió sin parar.

El del camión se incorporó e intentó perseguirlo; lo hizo a lo largo de una cuadra con veredas saturadas de mesas con productos a la venta, en que los clientes se les cruzaban y evitaban que tomaran carrera; pensó que eso podía beneficiarlo; siguió hasta que se topó con unos toldos tan bajos que hubiera debido agacharse para pasarlos; bajó a la calle; esquivó unos autos; quiso cruzar de vereda; dudó en saltar al cordón cuando calculó que las motos que aparecían por detrás de los otros vehículos estaban muy cerca; vio que el de la mochila le sacaba mucha ventaja.

Desistió.

Regresó por la vereda de enfrente, entre plásticos atados a cualquier cabo improvisado sobre el suelo y mercadería exhibida en estanterías, mesas o sillas, desde electrónica o “yuyos” hasta mates artesanales o celulares ofrecidos a viva voz:

–Pase a mirar, ¿qué anda buscando?

A quien buscaba ya iba camino a las barrancas arenosas de *El Mangal*, distante ocho kilómetros, sobre el río, un escondite cubierto por la vegetación de las cuevas en los bordes de tanta playa; el espacio preferido para cruzar contrabando; el pre-

dilecto de “Barco” para sumergir a enfriar las *Quilmes*.

Frente al río, con el sosiego que a su enormidad sumaba la huida exitosa, Eugenio “Barco” Chimí bebió como lo hacía su padre toba en el barrio Namqom; su forma de beber era única herencia simbólica recibida de quien nunca se ocupó de él.

Se había ido de casa a los doce; mendigó; recaló en un hogar de salesianos; se fue, empezó a robar; fue detenido; salió por ser menor; reincidió.

Hacia 1989, en el barrio Juan M. de Rosas intentó llevarse una garrafa de diez kilos para venderla. Se sometió al maltrato policial, sabedor de que sería un trámite breve.

Su única suerte fue no ir, como el resto de sus compañeros, a la Comisaría del Menor, en Villa Jardín, donde otros chicos fueron trasladados a pesar del fin de semana y de la falta de directivas de Héctor Gallardo, juez de Menores. Fueron desnudados, obligados a correr por el patio, a tener relaciones sexuales con perros...

Los veinte chicos de 10 a 12 años hacinados en la celda incendiaron los colchones a la espera de llamar la atención y ser liberados en el domingo del día de la madre.

Murieron por asfixia o carbonizados: Agustín Rodas, Edgardo Benítez, Miguel Moreno, Gustavo Rodríguez, Roberto del Valle, Víctor Sanabria, Walter Aguilar y Luis Dañacón, conocido de “Barco”, también toba, reducido al tamaño de un brazo.

“Barco” conocía a la mayoría de “*El holocausto de Villa Jardín*”. Desde entonces, por miedo, pasó a cultivar su físico como herramienta para la lucha, si bien los peores dolores no llegaban desde el cuerpo; a los del alma los ahogaba con alcohol. Terminada la última cerveza, arrullado por el golpeteo de suaves olas esporádicas, se fue quedando dormido.

\*\*\*

Soñó con los niños de la calle a quienes empezó a usar para vender marihuana y la tarde en que, al momento de cobrarles la recaudación, uno no apareció.

—¡Me robaron!

Repasó su búsqueda, sus charlas con cuanto conocido tenía, su frustración.

Tres días después, supo que había sido asesinado; quizás para robarle la poca ma-

rihuana que tenía, quizás por error, quizás...

Se despabiló cuando sintió más fuerte el oleaje de las lanchas que cruzaban el río Paraguay a las 4 de la mañana para traer desde Alberdi mercadería para el mercadito, donde se trabaja siempre que no sean feriados religiosos ni domingos.

Todo es descargado y pasado a camionetas que distribuyen de inmediato los productos en el cercano espacio de puestos concentrados, antes de que salga el sol.

Horas después, en una de sus esquinas, fumando de pie, un cambista observaba:

–Hoy va a ser un día tranquilo, hay gente pero no mucha –se dirige al vendedor de chipa que, en realidad, es agente del Departamento de Informaciones de la Policía.

–Sí, tranquilo. Por ahí los vi a “Tile” y “Pulga” pero nada del otro mundo, un par de choreos, corridas, golpes y todo tranquilo de vuelta. Lo de siempre.

“Tile”, como “Barco”, sin residencia fija, recibe alguna pensión. Roba durante los días de cobro, en donde más dinero circula. También temible por su contextura, veinte años mayor, supo ser jugador del *Aborígen Rugby Club*, de donde fue expulsado por violarles sus propiedades privadas.

“Pulga”, el más pequeño, roba lo que puede, todo el tiempo, sin pensar. Desde que empezó en Rosario, huye de provincia en provincia, aunque este lugar le sienta bien desde hace años.

Se sientan en el bar *La Gringa* que, como todo en el *Mercadito*, tiene las mesas sobre la vereda. No piden nada porque no tienen un peso aunque la dueña los deja, con el trato implícito de que a ella no le roben. Desde ahí, poseen un panorama amplio de lo que sucede.

En esas dos manzanas, de microclima similar al de un mercado persa, todo se comercializa: contrabando, artesanías aborígenes, ropa de marca, imitaciones, celulares, hasta Led’s de 50 pulgadas exhibidos en la vereda, debajo de carpas estructurales.

Las excepciones son los bares de comida rápida, hoteles de dos estrellas, un par de supermercados y, en medio de ese caos violatorio de leyes nacionales o provinciales, se erige la Dirección de Bromatología Municipal.

Es la expresión de la gran “vista gorda” y el reconocimiento del Estado a una especie de zona franca decretada sin firma por la tradición e influencia guaraní o por los golpes a cada intento de inspección de la AFIP, Aduana o Policía, expulsados a

patadas.

Sin embargo, “*Tile*” chasquea los labios:

–Hoy no pasa nada –se levanta y se va. “*Pulga*” hace lo mismo.

“*Barco*” ya no está entre ellos; ha trastocado a ser el evangelista “pastor Chimí”:

–Conocí el infierno y por alguna razón no terminé aún en él. Asumo que tengo la misión de rescatarme todos los días en aquellos niños, jóvenes y personas a las que ayudo a salir de la droga, de la bebida, de la delincuencia.

Purga culpas en las barrancas de *El Mangal*, mientras su lado pastoril busca, en la redención de los demás, un modo de salvarse a sí mismo de todas las angustias, a pesar de las miradas acusadoras de alguna gente que circula con frecuencia en el Mercadito paraguayo. En todo eso piensa, por enésima ocasión, esta noche en que dormirá junto al río antes de ser despertado por las lanchas que acercan, una vez más, mercadería de procedencia dudosa.

**Votos sin frontera**



*Según un informe a la Cámara Nacional Electoral, en las elecciones del 23 de octubre de 2011 llegaron al Puerto de Formosa 8000 personas de Alberdi; tienen domicilio en este país pero viven en Paraguay. Lo normal es que los domingos no cruce nadie, al punto que la Aduana permanece con guardia mínima. Aquí, donde los padrones no están depurados, reciben beneficios sociales y cobertura de salud.*



En el puerto, a las siete de la mañana, una decena de remises rompía la regla que veda el lugar a vehículos que no sean de Prefectura. A uno de los choferes se acercó un joven que pidió fuego e inició una conversación trivial sobre el clima.

—Es la época. Menos mal que hoy se termina todo porque la ciudad está empapelada con el gobernador, que seguro va a ganar de nuevo.

—Pero si él no es el candidato.

—¿Estás seguro? ¿Quién es el candidato?

Miró a su alrededor, la ciudad llena de carteles partidarios; ni los postes de luz se salvaban; los pasacalles en plazas y plazoletas.

—Tenés razón, si la semana pasada hasta hubo una guerra por los lugares.

Oficialistas de sectores internos se habían enfrentado con palos y cadenas en un intento por copar el mejor lugar donde poner afiches del mandamás provincial de modo que resaltase y sumase sufragios.

—¿Vos no votás?

—Sí pero cuando termine de trabajar. Hay que aprovechar que pagan los políticos.

El joven se alejó y en su regreso cruzó miradas y un guiño con una chica que, en sentido inverso, terminó cerca de un empleado de Migraciones, que le confirmó que aunque los domingos no trabajan, los días de elecciones tienen que abrir porque “es una locura la cantidad de gente que cruza”.

El primer joven se había detenido para hablar con otro remisero cuando apareció un político que supo ser ferviente *joguista* hasta que se cambió de bando; se dirigió al chofer a los gritos:

–Callate, no hables con ese pelotudo, no le des información. ¿No ves que es periodista de *El Comercial*? –Se refería a uno de los medios no adictos al gobierno.

El joven se alejó hacia un auto que también abordó de prisa la chica; ambos, objeto de miradas con entrecejo fruncido por parte de los conductores.

Ya en el vehículo que arrancó, el joven chofer palmeó la rodilla de la chica:

–Me confirmaron todo.

–A mí también; incluso, que hay más expectativa después de aquello que salió en lo de Lanata.

Atrás, los choferes fueron convocados a los gritos:

–¡Ahí llega la primera!

Una lancha se acercaba a la plataforma flotante, como una casa de metal; se puso en paralelo y golpeó suave con su lado protegido por neumáticos. Amarró con sogas, mientras un hombre con gorra civil extendía su mano hacia el interior para ayudar a bajar a varias mujeres, seguidas de algunos hombres.

Todos recorrieron un serpenteo por la casa de metal hasta una plataforma con piso de rejas y salieron a la calle empinada donde aguardaban los autos.

El remisero identificó a un recién llegado, alzó el brazo, se acercó, estrecharon manos y se dirigieron a un auto adonde también subieron una pareja y otra mujer. Atrás dejaron los coches que llevarían más gente y que ocupaban ambos lados de una cuadra.

En el primer vehículo, los pasajeros se presentaron. Contaron que no eran un matrimonio sino compañeros de trabajo en un negocio de venta de ropa de cama y baño en Alberdi.

La que habló fue Marisa, de 26 años, naturalizada argentina, con tres hijos argentinos. La otra, Estela, de 22, tiene un par de hijos nacidos en Formosa, igual que ella. Ambas viven en Alberdi pero en su documento figura domiciliada en lo de un familiar formoseño.

Durante el viaje, Marisa contó que desde que se hizo argentina vota aquí, mientras que en Paraguay también puede hacerlo.

–Todos los políticos vienen a hacer campaña, peronistas y radicales; sobre todo peronistas; es que con ellos se consiguen más cosas, aparte de que ya te dan todo, te esperan en el puerto, te llevan a la escuela a votar y te traen de vuelta al puerto.

En un semáforo, el acompañante del remisero les pasó un sobre a cada uno.

–¿Vamos ganando tiempo? Les paso las boletas, mientras.

Todos lo tomaron y guardaron, mientras Estela relataba:

–Yo voté por primera vez el año pasado. Lo hago porque nos dan todo servido. Está bien esto de que nos vayan a buscar al puerto, y nos lleven de vuelta con todo ya resuelto.

Llegaron a una escuela. El acompañante del conductor bajó con los de atrás, los acompañó hasta el interior, hizo la cola con ellos, esperó junto a la puerta del cuarto oscuro y los escoltó de nuevo hasta el vehículo.

Cuando se fueron, en la cola, una chica murmuró indignada que eso debería estar prohibido, porque arrear gente a votar era una forma de fraude. Y eso que no tenía forma de saber que venían del otro lado del río.

Una mujer que estaba adelante contó escandalizada que un juez conocido le dijo a su hija que “los pueblos de frontera tienen una moral flexible; como si no tuvieran claro cuál ley cumplir”.

–Es que algunos también somos argentinos –se metió la señora de atrás– aunque vivamos en Paraguay. Yo vengo porque la amiga de una sobrina de acá me lo pidió y ella es muy buena, me está ayudando con los papeles de la pensión de mi papá. Además, cobro la asignación por mis pibes.

–¿Y también le dice a quién tiene que votar?

–No. Ellos nos esperan, nos llevan a la escuela y nos dan la boleta nada más. Después, si queremos, nos podemos quedar a pasar el día o volvernos enseguida. A mí me dejaron porque yo me voy a quedar todo el día y ellos tenían que llevar gente a otra escuela.

Las dos primeras mujeres cruzaron miradas y se mordieron los labios; optaron por no discutir.

De un pasillo del fondo venía la chica del puerto que había conversado con el de

Migraciones, pasó junto a la cola donde votaban las paraguayas y siguió hasta la calle, donde subió al auto de su compañero.

—En todos lados, lo mismo; no hay más que entrar un poco en confianza para que cuenten.

—¿Grabaste?

La chica se metió una mano en el escote y de dentro del corpiño sacó un minigrabador; lo manipuló y dejó oír:

*Yo tengo un negocio en la otra orilla; mis hijos nacieron acá pero por orgullo no les hice el documento argentino. Ahora me arrepiento pero ya empecé los trámites. Muchos tenemos doble nacionalidad. Yo hace veinte años que tengo radicación argentina pero recién hace un año y medio que tengo el documento. Soy de Alberdi pero acá declaré que vivo en la casa de una tía en el Eva Perón. Cuando hay un censo o algo, ella dice que no estoy porque trabajo.*

—Y todo así. Dice que desde las próximas elecciones va a poder votar en Formosa y que mucha gente de Asunción, de Ciudad del Este, de Pilar, de Encarnación y de Alberdi también lo hacen. Contó que a Paraguay también van los políticos con sus computadoras, que van a ver casa por casa antes de la votación porque en cada vivienda hay uno o dos argentinos. Por los planes sociales mucha gente está haciendo documento argentino porque hay de todo, mejor que allá, por eso tienen los dos documentos.

—¿Y qué hacía acá?

—Vino a acompañar a otra para ir viendo cómo es todo el manejo. Tan seguro está. ¿Vos que conseguiste?

—A Estela, una argentina que vive en Alberdi, cuenta que su madre trabaja como doméstica acá pero que ella se queda allá porque están su padre y la familia del marido, aunque viene todos los meses a cobrar la asignación para sus dos hijos.

Frenaron a la bocacalle de una avenida por donde les cruzó adelante un auto blanco con cinco personas. La pareja se miró.

—Sí, ya sé; querés que los siga.

—Seguro van a otra escuela.

Así fue. El remis de adelante paró en un colegio, bajaron dos mujeres de atrás y el hombre de adelante, que le hizo unas señas al chofer que siguió con un pasajero mientras los otros tres entraban al establecimiento.

La chica de atrás bajó y entró al edificio. El joven se quedó al volante, desde donde miraba el tránsito. Vio pasar en sentido contrario una camioneta ploteada con una enorme foto del caudillo local, que en este caso no era candidato. En las paredes de

los comercios distinguió afiches de al menos tres sublemas de un mismo partido; a una cuadra y media, un pasacalle de otro candidato.

Por fin, regresó su compañera:

—¿Me extrañaste?

—No; disfrutaba de la veda.

—¿Eh? ¿Se te subieron las elecciones a la cabeza? Las tipas ésas también eran paraguayas; votaban en distintos cuartos, así que mientras el puntero se quedó con una, seguí a la otra, Mara, no quiso darme el apellido por temor a que “no le salga el plan que está esperando”; dice que en Paraguay el que no tiene plata se muere, que en Alberdi no hay nada y Asunción les queda lejos. Sus tres hijos nacieron en Formosa y que los mayores van a la Escuela 31. Dice que la educación también es mejor y que le dijeron que para octubre les saldría un plan social.

—Bueno, entonces tenemos que darnos por satisfechos. Ya tenemos la nota, y después de todo, si vienen a usar lo nuestro es porque tenemos un gran país, flaca. ¿Qué más querés?

—Eso quiero.

La joven señaló los afiches que en el recorrido prometían lo mejor para una sociedad, lo de siempre, tantas veces visto y oído que cansa repetirlo.



**De pasero a gendarme**



*El hombre frente al río, entrecerró los ojos para auscultar la noche. Tomó aire. Bajó la vista hacia el pequeño antes de apoyarle una mano en el hombro:*

*–Va a tener que ir usté’, nomá’.*

*El chico asintió. El hombre se quitó los zapatos y el pulóver; se frotó los brazos y sopló sobre sus manos ahuecadas. Juntos adentraron la canoa al agua.*



*Mientras el pibe se impulsaba con un remo, el padre –con una mano sujeta al borde– nadaba en el otro costado; muy despacio; casi sin ruido; un largo trecho.*

*El chico de corto cabello rubiecito miró hacia atrás, donde ya no se veía la orilla, lo mismo que adelante, y se concentró en observar el cielo estrellado, sin luna, durante un buen rato, sin dejar de remar.*

Volvió a tierra cuando sintió su nombre en la voz de la mujer:

*–Sergio... ¡Te preguntaba qué trabajo es ése!*

*–¿Eh?... Ayudaba a mi papá. Pero cuando cumplí los 18 me reemplazó mi hermano de 12.*

*–¿Pero qué hacían?*

*–...*

*Sergio recordó el ruido de un motor en ascenso y el acercamiento de la lancha de Prefectura. La sabía lejos de su vieja canoa desgastada, aunque suficiente como para iluminarlo con el reflector.*

*–¿Sos consciente de que es algo ilegal?*

*–Ilegal es para mi papá o mi hermano mayor; no para mí, que era menor.*

- ¿Y por eso no quisiste llenar casillero del formulario que pide el empleo previo?  
–Me dijeron que podía jugarme en contra.  
–Y todo esto de acá abajo, ¿por qué no lo llenaron en el cuartel?  
–No estábamos seguros y no nos animábamos a preguntarle al que nos atendía. Por eso acá, con los muchachos, pensamos en usted, que siempre tanto nos enseñó.

Los dos detrás de Sergio, con los ojos bien abiertos, asintieron.

Temían poner algo mal y perder la única oportunidad de superarse en su vida llena de falencias, necesidades, tristezas y desafíos, similar a la de muchos vecinos o amigos.

*–Pero, padre, ¿Por qué no lo hacemos de día, que no hace tanto frío?*

*–No, m’hijo. Mañana, usted’ debe ir a la escuela.*

*Calló y continuó cargando los “muchos bultos”.*

*–Es un trabajo como cualquier otro; un poco sacrificado pero hay que darle gracias a Dios que nos dio esta oportunidad –decía el padre, criado a orillas del río Paraguay.*

Mientras la maestra le ayudaba a rellenar los formularios, los otros se animaron a contar que gracias a la llegada de esos bultos por el río, pudieron estudiar y nunca les faltó nada para terminar el colegio. Esa tarea les abrió la oportunidad de ingresar a Gendarmería, “si Dios y la Virgen” los ayudaban.

*Sergio recordaba cuando “pescaba” y llegaba la canoa, de los consejos de su papá sobre cómo salir adelante y buscar una vida mejor; que era lindo estar a la orilla del río, sobre todo en las noches sin luna, con un trago de caña para calentarse y compartir momentos con su padre, que aunque no era de mucho hablar, supo enseñarle lo importante: a trabajar, respetar y valorar lo que se tiene. Le oía durante las horas que pasaban ante ese río del que recibió alimentos, oportunidades y hasta cómplices en su labor; ese río que les permitió tener una familia muy unida y compañera, donde todos se ganaban el pan con lo mismo, y en la que colaboraban desde el más pequeño hasta el mayor.*

Cuando llegó el examen los tres se presentaron; entre nervios, textos y cálculos pasó la jornada en menos tiempo de lo pensado. Les fue bien; Sergio obtuvo la nota más alta.

Salieron de festejo y, casi sin querer, pasaron por la zona de *El Mangal*, tan parecida a una sucursal del puerto donde poderosas lanchas sin identificación, con el motor siempre en marcha, se mezclan con descascaradas canoas; todas, con productos de la paraguaya Alberdi.

Se le develó la paradoja de que iba a dejar de realizar algo ilegal para defender las fronteras de quienes hacían lo que él había hecho y que lo había mantenido vivo.

Miró una y otra vez a las embarcaciones y las canoas: los poderosos protegen su inversión muy armados; los pobres malviven cruzando mercadería por la que reciben una paga exigua y un apodo: pasero.

Hoy, en el sur argentino, formó familia y ayuda a la que dejó acá, a orillas del río Paraguay, como tantos otros que mandan dinero para colaborar con el estudio de sus hermanos.



## EPÍLOGO

El intento de desentrañar el hilo que es origen de nuestra identidad cultural no termina en este trabajo, solo toma la forma de un tejido inacabado. Cada hilo ha sido proporcionado por las vidas de personas simples, complicadas, ocultas, francas, inocentes o culpables, juzgadas por sus pares o por ellas mismas. Han aportado un color distinto en cada pequeña puntada apenas construida en una aproximación, a veces con técnicas, a veces en la sencilla reflexión del que solo escucha.

Descubrir en el avance del trabajo que somos tan distintos pero con características originarias, hace que sea fundamental seguir profundizando en un campo vasto, casi virgen. Definir con aciertos y errores el ser formoseño es una tarea que recién empieza, pero que a cada paso nos acerca lentamente a lo que somos como sociedad; a veces más cerca unos de otros, a veces demasiado lejos.

El río ha sido, en este trabajo, una barrera o un nexo entre vidas, pero no es la referencia exclusiva de nuestra idiosincrasia sino una de tantas que esperan ser descubiertas, que esperan ser reveladas. Hoy dimos solo un paso más, en un camino que esperamos seguir recorriendo por el resto de nuestras vidas.



